

IAN MANOOK

YERULDELGGER

TIEMPOS SALVAJES

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Yeruldelgger, les temps sauvages (II)*

Ilustración de la cubierta: Lee Hacker / Alamy Stock Photo

Copyright © Éditions Albin Michel, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-23-4

Depósito legal: B-12.189-2017

1ª edición, octubre de 2017

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

A Françoise.

A todos aquellos
con quienes me he cruzado
y que han formado mi vida.

¡A mí!

Algo se incubaba y se pudría silenciosamente allí,
en el interior, algo comenzaba a morir

«La destrucción de un corazón»,
STEFAN ZWEIG

... y puso un dedo en el gatillo

Embutida en su parka con forro polar, la inspectora Oyun intentaba comprender aquel amontonamiento de cosas. Estaba agachada en la nieve, que crujía bajo su peso, y se había inclinado para verlo mejor. El frío le cortaba los ojos y el aire helado le arañaba las fosas nasales con cada respiración. Era como aspirar fragmentos de cristal. A su alrededor, un nuevo *dzud*, el invierno mongol más terrible y extremo, había vitrificado la estepa immaculada. Por tercer año consecutivo, el «mal blanco» golpeaba el país. Eran inviernos polares muy largos, seguidos de veranos caniculares cortos. Tormentas de nieve que duraban días, en las que uno no veía ni su propia yurta y podía perderse y morir congelado, de pie, a un metro de ella. Luego, sobre el paisaje paralizado por el hielo, se alzaban cielos tan azules que parecían lacados, agujereados por un sol blanco y diminuto. Oyun no recordaba *dzuds* como éstos en su infancia. El primero del que tenía recuerdo era el de 2001. Un invierno tan crudo y largo que siete millones de animales murieron en todo el país. Guardaba en su memoria la imagen de aquellos miles de nómadas, todavía orgullosos y fuertes unos meses antes, que acudían derrotados a Ulán Bator para mendigar y morir en silencio, ateridos, en las cloacas. Los hombres habían perdido sus caballos, las mujeres, sus yaks y sus cabras, y los niños, sus corderos e incluso sus perritos. Aquel invierno mató más personas en Mongolia que los aviones de las Torres Gemelas en Manhattan.

Y los dos años siguientes, sendos *dzuds* diezmaron lo que quedaba de ganado, ya muy debilitado. Había, pues, «males blancos», en los que la nieve sepultaba la estepa bajo una costra helada, y «males negros», veranos tórridos que recocían hasta lo más hondo la tierra agrietada. Los dos males dejaban los rebaños desamparados durante el invierno. Los animales se dispersaban en busca de pasto, se perdían, y morían de hambre y de frío. Sus cadáveres descarnados, reseco y curtidos por la nieve, sólo reaparecían en primavera, miles de ellos. Incluso millones, cuando un *dzud* unía los dos males, el blanco y el negro, en un mal todavía peor.

El montículo de cadáveres era la única protuberancia de la estepa en kilómetros a la redonda. Oyun se preguntó qué podría explicar su presencia, pero evitó buscar la respuesta en el horizonte. La intensidad del viento había perfilado tan nítidamente la línea de relieve del terreno que hacía daño a los ojos. Se concentró en los cadáveres apilados. El militar que había conducido hasta allí un viejo semioruga soviético bajó de la vetusta cabina del AT-L y se le acercó. Ella había oído el golpe de la puerta, seco como un tronco hueco que se parte, luego el crepitar amerengado de la nieve que se aplastaba bajo sus botas. Sin decir nada, el militar se acuclilló a su lado, le tendió una taza de estaño y sacó un termo de su *deel* acolchado.

—Lo que está arriba del todo es un yak doméstico, ¡eso seguro! —afirmó el hombre.

—Un yak doméstico o un *dzo* —lo corrigió Oyun—. Los nómadas de aquí sólo tienen híbridos. Pocas veces, yaks salvajes.

—¡O un *dzo*! —concedió el hombre, mientras desenroscaba el tapón hermético del termo entre sus enormes manoplas forradas de pelo de oveja.

Se sirvió un té salado caliente con mantequilla antes de ofrecerle uno a Oyun. Doméstico o *dzo*, eso no cambiaba gran cosa. El animal cubría los otros cadáveres con su cuerpo destripado. El frío había revestido su pelaje y sus vísceras de racimos de escarcha. Estaba tumbado boca arriba, con las cuatro patas abiertas, obscenamente, encima de aquello a lo que sus entrañas heladas servían de mortaja. Por lo menos no olía. En ese mismo lugar, en verano, a más de cuarenta grados, de aquel mon-

tón de carroña habría emanado una pestilencia insoportable. El aire glacial lo volvía todo aséptico, incluso el horror. El hombre se inclinó para mirar a través de las costillas rotas del animal, luego metió una mano entre las vísceras, duras y rígidas...

—¡Una *dzum*! —dijo—. Es una hembra.

—¡Qué bien! —exclamó Oyun, aferrándose a su taza de té—. ¿Y lo de abajo?

—Lo de abajo es un caballo —respondió el hombre sin dudar.

Se veían los cascos de las cuatro patas descoyuntadas, enredadas con las de la *dzum*. La parte del cuerpo que Oyun distinguía parecía haber sido reventada a la altura del lomo. El cadáver de una hembra de yak despanzurrada sobre la carroña desbaratada de un caballo, a veinticinco grados bajo cero y a quinientos kilómetros de Ulán Bator: a todas luces, eso no era algo que le correspondiera investigar a la policía criminal. Si fuera por ella, el asunto ya hubiera pasado a manos de la policía local. Pero estaba la pierna. Una pierna, calzada con una bota y con el pie todavía en el estribo, que asomaba entre el lomo congelado del caballo y la panza vitrificada del yak.

—Es el jinete —explicó el soldado.

—No me digas —contestó Oyun, sintiendo de pronto el mordisco del frío y la fatiga en los riñones—. ¡La cuestión es saber qué hace ahí!

—Iba encima del caballo —dijo el militar.

—Sí, ¡y ahora está debajo del yak! —dijo ella, perdiendo la paciencia—. ¿Alguna idea de quién puede ser?

—No —respondió el hombre—. Sólo tenemos la pierna.

—¿Y no has intentado sacarla de ahí? ¿Buscar pistas?

—Soy militar —soltó el soldado, lacónico.

Oyun volvió la cabeza y lo miró sin irritación. Yeruldelger le había hablado ya de ese tipo de nómada reconvertido en funcionario. Todo lo que eran virtudes en un nómada pasaban a ser defectos en un funcionario. Sobre todo si era militar.

—De todos modos, podemos intentar averiguar quién es, ¿no?

Oyun se agachó en la nieve sin esperar la respuesta y agarró la bota, pero el hielo había soldado el cuero al estribo.

Trató sin éxito de liberar el pie del cadáver. La pierna, rígida como un tronco fosilizado, no se movió un ápice. Se agachó para hacer palanca, apoyando el hombro en la carcasa del yak, y al moverse se cruzó con la mirada del militar. Parecía que no aprobaba lo que estaba haciendo.

—¿Qué? —dijo irritada y sofocada por el esfuerzo.

Oyun estaba sudando bajo la parka, pero tenía los pulmones cubiertos de escarcha. No estaba de humor para soportar la indiferencia resignada del soldado.

—No hay que hacer eso —murmuró el hombre con reprobación.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? —respondió ella tirando de la pierna como un galeote de su remo.

—Por el frío.

—Porque crees que él...

Se oyó claramente que algo se rompía, y la inspectora cayó hacia atrás, sobre la nieve amontonada, con un ruido sordo. Cuando se levantó, con el rostro estriado por el frío, se sobresaltó horrorizada y arrojó la pierna lejos de ella.

—He visto *dzuds* que congelan el tronco de los abedules hasta la médula y los vuelven frágiles como el cristal —explicó el militar—. Así que una pierna...

—¡No me lo puedo creer! —murmuró Oyun, recogiendo la pierna petrificada.

El hueso y la carne se habían rasgado limpiamente, a medio muslo, como si fueran la tela de un pantalón. Esa cosa ya no era un miembro humano.

—Al menos tendré con qué justificar una búsqueda de ADN...

Echó un último vistazo al montículo de cadáveres, reflexionó un instante y luego hizo una seña al militar para que se acercase.

—¿Crees que podríamos rodearlo con una cadena y tirar de él para despegarlo del suelo?

—Vas a partir al caballo y puede que también al jinete...

—¡No podemos dejar eso ahí todo el invierno! Va a acabar atrayendo a los carroñeros.

—¿Puedes quedarte dos días?

—¿Aquí?! —exclamó Oyun.

—En mi casa, en el puesto.

—¿Y eso para qué?

—Si quieres recuperar tus tres cadáveres, hay que descongelarlos, y yo sé cómo hacerlo.

—Sí, ya había pensado en ello —respondió Oyun—. Podríamos encender un fuego alrededor...

—No aguantaría toda la noche. Hay una vieja yurta en el puesto, la dejaron unos nómadas después de un *dzud*. Vamos a montarla de manera que el montículo quede dentro. Encenderemos dos o tres braseros en el interior y, además, tengo dos generadores pequeños de aire caliente. En veinticuatro horas debería estar todo descongelado. Y tú podrás marcharte con tu cojitranco completo.

—¡Eh, un poco de respeto! —lo reprendió Oyun—. Es una víctima.

—¡No soy yo quien le ha arrancado la pata a ese tipo! —se burló el militar.

—De acuerdo. Pero muestra respeto de todos modos, ya me siento bastante mal por lo que le he hecho.

—No tienes por qué, hermana, ¡le has hecho un favor!

—¿Ah, sí?

—Sí. Nuestros ancestros pensaban que había que romper los huesos de los muertos para que sus almas pudieran salir. Dejaban los despojos en la estepa, sin enterrar, para que las bestias salvajes les masticaran los esqueletos y liberaran las almas.

Oyun recordó que Yeruldelgger le había contado algo por el estilo. También se acordó de todo lo que le había enseñado acerca de las yurtas.

—De acuerdo con lo de la yurta, pero no ofendas a los espíritus de quienes vivieron en ella.

—No te preocupes. Los espíritus hace tiempo que abandonaron esa tienda. Y, además, no la sellaremos. No la cubriremos con su lona gruesa. El alma de los antiguos se refugia en el fieltro. No los molestaremos.

—Vale —dijo Oyun, que comenzaba a apreciar a aquel soldado, que parecía cada vez menos militar y más nómada—. Volveré. Se lo debo a ese pobre tipo.



Antes de regresar al semioruga, Oyun miró por última vez los cuerpos, y el soldado adivinó lo que estaba pensando.

—He visto a yaks saltar como cabras a pesar de su peso. La gente cree que son imasibles y pacíficos, pero si los provocas pueden ponerse nerviosos y agresivos. Tal vez el jinete estuviera persiguiendo a la hembra de yak para capturarla y devolverla al redil. Su caballo pudo resbalar y, presa del pánico, la *dzum* pudo haber saltado y haberle caído encima antes de que él pudiera bajarse de la montura.

—¿Partiéndole el espinazo al caballo?

—Una hermosa *dzum* anda por los trescientos kilos.

—Pero, en ese caso, ¿por qué la *dzum* está destripada?

—No sabemos nada del jinete que está debajo. Quizá llevaba una *urga*. Quizá la vara se partió con la caída y la *dzum* se empaló al caer encima.

—Empalada, puede, pero ¿destripada?

—Tal vez él haya intentado liberarse usando una faca, antes de morir asfixiado por las vísceras...

—¡Eso no cuadra! —soltó Oyun.

Permanecieron un rato en silencio, de pie uno al lado del otro en medio del aire glacial, mirando los restos.

—O si no... —murmuró la inspectora sin terminar la frase.

Él se volvió hacia ella, luego levantó la vista al cielo para seguir su mirada. Se quedaron otro buen rato sin decir nada, intentando convencerse de lo que no se atrevían a imaginar.

—La mitad de la masa por la velocidad al cuadrado —terminó por decir el militar, sin bajar la cabeza.

—¿Cómo?

—La mitad de la masa por la velocidad al cuadrado. La energía cinética de un cuerpo en caída libre. Es física.

—¿Y tú sabes de física?

—De pequeño me pasaba los inviernos dentro de la yurta leyendo libros de física, siempre que no hubiera algo que hacer.

Oyun enmudeció de asombro y alzó las cejas, que tenía perladas de escarcha.

—¿Y entonces?

—Veamos, una hembra de yak enflaquecida por el *dzud* vendría a pesar unos doscientos kilos, lo que equivale a varias toneladas en el momento del impacto. Suficiente para aplastar a un caballo.

—Y a su jinete...

—¡Y a su jinete!

—Pero ¿cómo calculas la altura de la caída y la velocidad? Porque eso debe de influir.

—De entrada, parte de la base de que no hay nada a nuestro alrededor desde donde pudiera haber saltado la *dzum*. Por tanto, sólo puede haber caído del cielo. Y sea cual sea la masa, a partir de cierta altura, ningún cuerpo sobrepasa en su caída la velocidad máxima de trescientos kilómetros por hora. ¡Es física!

—Sí —dijo Oyun, que ahora veía al hombre con otros ojos—. Es física.

El joven soldado resopló de pronto, como si volviera en sí después de haber estado haciendo sus cálculos matemáticos.

—Bueno, deberíamos irnos si queremos que nos dé tiempo de regresar con la yurta.

Intentó tomar a Oyun del brazo, para ayudarla, pero ella se soltó con un gesto brusco, que lo pilló desprevenido, y lo adelantó por la nieve profunda. El semioruga era un viejo tractor de artillería de la Segunda Guerra Mundial, del que se había deshecho el ejército soviético a principios de los años sesenta. Tenía pinta de funcionar bien como camión por su resistencia, con su morro largo, copiado de los camiones norteamericanos, y su parabrisas con tres paneles móviles que le daban un aire de gafotas testarudo. La cabina, minimalista a la rusa, estaba encajada entre el largo capó del motor y el remolque pequeño sujeto atrás. El conjunto descansaba sólidamente sobre dos trenes de cinco ruedas para la rodada y dos ruedas de engranaje en cada extremo, más pequeñas y un poco por encima, ceñidos por cadenas metálicas. Oyun se preguntó si alguien había hecho pintar la máquina de blanco a propósito, para que desapareciera entre la nieve. También si ese soldado que tanto sabía de física se habría hecho una idea

de ella también física, para aguantarle así la puerta del vehículo y pretender ayudarla a subir a la cabina. Una vez más, ella se soltó, y eso le hizo esbozar una sonrisa.

—Por cierto —dijo él—, ¿quién te avisó? Yo ni siquiera he presentado mi informe al comandante y más bien me esperaba la visita de un simple policía de distrito. Me sorprendió cuando me pidieron que viniera a buscarte a la base.

—No lo sé —le confesó Oyun—. El Departamento de Policía recibió una llamada. Un mensaje con una foto adjunta del montículo de cadáveres...

—¡Jodidos *smartphones*! ¡Ahora hasta los nómadas llaman directamente a Ulán Bator! —exclamó el militar, negando con la cabeza—. De todos modos, he salido ganando con el cambio...

—¿A qué te referes?

—A que hayas venido tú en lugar de un policía de distrito, no está mal, ¿no? Aunque con esa parka no se nota mucho la diferencia todavía...

Oyun prefirió no responder. Aún faltaba una hora para llegar al puesto y empezaba a preocuparse por la resistencia del tractor de artillería, que se bamboleaba como un escarabajo blindado sobre los montones de nieve en lugar de aplastarlos.

—¡Durará más que nosotros! —la tranquilizó el soldado, rompiendo a reír.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dudó Oyun, que se golpeaba el hombro contra el cristal con cada salto del semioruga.

—Lo desmonté del todo y lo volví a montar, ¡pieza a pieza, tornillo a tornillo, tuerca a tuerca! —respondió él, con falsa modestia.

—¿Del todo?

—¡Del todo! ¡Carrocería, motor, cadenas, todo! Me llevó el verano entero.

—No me digas que...

—Sí. De pequeño, en invierno, cuando terminé con los libros de física, me leí los de mecánica, siempre que no hubiera algo que hacer —explicó él sin fanfarronería.

Oyun se quedó mirando pensativa al hombre que iba al volante. El vehículo estaba diseñado para la guerra, no como turismo. No había ningún sistema de calefacción en el interior. Ambos iban abrigados con una parka y llevaban una *chapka* hundida hasta las cejas, con las lengüetas de piel cubriéndoles las orejas. Pero lo que ella estaba tratando de imaginarse era a aquel soldado solo en su puesto, perdido en el corazón de la estepa, bajo un sol de justicia, desgarrado por las tormentas secas del verano. ¿Por qué ponerse a desmontar hasta el último tornillo de un tractor modelo 1939 del ejército soviético? ¿Qué tipo de hombre podía emprender voluntariamente una tarea tan inútil? Le vino a la cabeza una novela italiana que le había recomendado Yeruldelgger durante una vigilancia. *El desierto de no sé qué*. De los tártaros, tal vez. Dos hombres, perdidos en la frontera de algún lugar, que están esperando algo. Así era como se imaginaba al joven soldado, desmontando y montando el vehículo para matar el aburrimiento. Y, de vez en cuando, mirando inquieto al horizonte para confirmar que nunca pasaba nada, como quien contiene un deseo...

Llegaron al puesto un poco más tarde de lo previsto. Era uno de esos barracones grandes sobre los que se alza una torre erizada de antenas. El régimen soviético anterior los había diseminado por el país como centinelas extraviados. Oyun saltó fuera de la cabina para refugiarse en el interior. El militar corrió a abrirle la puerta y ella entró. El día declinaba. La temperatura debía de estar ahora por debajo de los menos veinticinco grados. El calor la sofocó nada más entrar y se deshizo de la capucha y las manoplas lo más rápido posible para no encontrarse mal. A la derecha, un cuarto hacía de despacho, taller y cocina a la vez. A la izquierda, vio una habitación espartanamente militar. Y, justo enfrente, sin puerta, había un cuarto de baño, abierto y poco práctico. Una bañera antigua, debajo de un calentador eléctrico enorme y forrado de aislante, con el retrete al lado. Y como única garantía de intimidad, una cortina opaca de plástico colgada de un viejo tubo descascarillado. En cada habitación roncaba una gran estufa al rojo vivo.

—¡Muy mono! —se burló Oyun, desabrochándose la parka.

—¡Suficiente! —la corrigió el joven.

—¿Internet?

—Va cuando quiere, pero ya se ha hecho tarde. El generador se apagará dentro de siete minutos.

—¿Y la yurta?

—No hay tiempo de montarla, pero de todos modos voy a acercarme hasta el próximo campamento para asegurarme de que nos ayudarán mañana. Volveré dentro de una hora.

Oyun creyó percibir cierto tono de diversión en la voz del militar. Decidió dejar las cosas claras de inmediato.

—No cuentes conmigo para poner la mesa, camarada. ¡Yo no soy para nada ese tipo de mujer!

—No hay problema —respondió él, echándose a reír—, yo tampoco soy para nada ese tipo de hombre. A propósito, nadie ha usado la reserva de agua caliente desde esta mañana. Aprovecha para darte un buen baño. Una hora debería ser suficiente para el tipo de mujer que eres, ¿no?

Cuando oyó el motor, Oyun siguió su sonido hasta imaginarse el vehículo perdiéndose en la noche que ya caía. Entonces cerró la puerta con llave, comprobó el cierre de las ventanas y se preparó un baño caliente. Cuando estuvo desnuda, se quedó absorta mirando la imagen de su cuerpo maltratado en el espejo. En los pechos se veían todavía las cicatrices de los mordiscos. Las cuchilladas le habían marcado para siempre los hombros y los riñones. Y justo encima del pecho izquierdo, hizo girar un dedo sobre una pequeña cicatriz, allí donde le había golpeado la bala destinada a matarla. Luchó para no dejar que el recuerdo de la violación la ahogara de nuevo. Luego se sentó en el agua caliente y sin jabón, y se escurrió encogiendo las piernas hasta que sintió el calor en la nuca y los hombros. Habría podido dormirse así, pero desde aquel día no se atrevía a cerrar los ojos fuera de su casa por miedo a ver resurgir las caras de esos bestias.

El ruido del motor la sacó de su sopor. La fatiga y el placer inesperado de tomar un baño caliente habían dado cuenta de sus angustias. Se había adormecido. Saltó fuera del agua, cho-

rreando, agarró una toalla, recogió su ropa y corrió a encerrarse en la habitación, pero la puerta chocó contra el marco y rebotó, quedando abierta de par en par, en el momento en que el hombre entraba. Una ráfaga helada arrastró un torbellino de nieve al interior del cuarto y se enroscó alrededor del cuerpo desnudo de Oyun, antes de desaparecer cuando el militar cerró la puerta con un golpe de talón sin quitar ojo al cuerpo de la joven.

—¿Qué? —le espetó ella sin intentar taparse.

—Todas esas cicatrices...

—No es nada. Nada que te importe —respondió a la defensiva.

—¿Quién te ha hecho eso?

Él la miraba con naturalidad, y ella no entendía por qué le dejaba hacerlo. Oyun no había intentado ocultar su desnudez y pensó que era por rabia. Que era una provocación.

—¿Para qué quieres saberlo? —ladró ella sin controlar su cólera.

—No es difícil imaginar lo que te ha ocurrido.

—¡Nadie sabe lo que me ha ocurrido!

El soldado se quitó las manoplas y la *chapka* sin apartar la mirada de Oyun. Le miraba los pechos, las caderas, el vientre, todas aquellas marcas de la violencia que había sufrido. Mientras se abría la cremallera del mono polar para quitárselo, seguía mirándola.

—Sí —dijo—, supongo que no puedo saber lo que has vivido...

—Eso es historia, ¡agua pasada!

—Pero no en tu cuerpo, ni en tus ojos —respondió él, dando un paso más.

—¡No te acerques! —gritó Oyun, sacando su arma de entre la ropa que todavía llevaba al brazo.

—O ¿qué? —dijo desafiante el militar, quitándose el jersey por la cabeza.

Dio un paso más, hasta estar tan cerca de Oyun que ella le pudo apoyar el cañón del arma en la frente.

—¡O te mato!

—¿Me matas? ¿Y por qué?

—Porque me he jurado que mataré a cualquiera que me toque sin amor.

Él sonrió y se desabrochó el botón del cuello de la camisa, luego apoyó la frente todavía con más fuerza contra el metal del cañón, mirando a Oyun directamente a los ojos. Ella le sostuvo la mirada y puso un dedo en el gatillo.